



LA OVEJA DESCARRIADA

AUTOR: El pastor eléctrico



ADULTO

ADULTO

LA OVEJA DESCARRIADA

Esto que os narro sucedió en Ajalvir en la década de los años ochenta del siglo pasado. Yo por aquel entonces vivía en el edificio Vulcano de la calle Real, edificación que, junto al edificio construido anexo, Edificio Breda, los lugareños habían bautizado como “los pisos”. Yo vivía en el número 8 y frente a nuestras viviendas teníamos las vistas de una hermosa huerta que se extendía desde la carretera de Daganzo a la calle de Los Almendros. La huerta era conocida por los vecinos como “*la huerta del tío Mariano*”.

La huerta del tío Mariano, además de tener un hermoso estanque natural, varios laureles, las zonas de labor y algún que otro rincón hermoso, también servía para recoger un rebaño de ovejas que nos regaban la calle de huesos de aceituna sin carne cada vez que la transitaban bien de salida bien de recogida. Todo ello muy bucólico.

La historia que os voy a narrar sucedió una noche en la que algunos vecinos pudimos oír el balar desesperado de una pobre oveja que, al parecer, a la hora de recoger el rebaño se descarrió y quedó fuera del grupo.

Mi vecina de abajo, Raquel, ecologista de pro, que a los lamentos del peludo animal entendió que el pobre estaba extraviado, ni corta ni perezosa, se bajó a la calle en camisón largo y recatado, con zapatillas de andar por casa y dispuesta a solucionar su penosa situación. La escena inimaginable, surrealista total.

Yo también había oído los lamentos de la pobre oveja que balaba como una descosida y me asomé a mi terraza a ver qué le sucedía y contemplé, con gran expectación, la escena que Raquel me estaba regalando.

Raquel se acercó al animal diciéndole:

- No te preocupes bonita, ahora abro la puerta y entras con tus amiguitas.

A todo esto, el resto del rebaño se había congregado al otro lado de la puerta con la curiosidad de saber qué le había sucedido a su compañera.

ADULTO

Raquel abrió la puerta con cuidado y, en vez de entrar la oveja descarriada, todas las demás ovejas salieron en avalancha y se plantaron en mitad de la calle.

Ahora no solamente había una oveja, sino que tenía todo un rebaño lanzado a toda velocidad en dirección a la carretera de Daganzo, posiblemente para cruzarla y correr camino abajo del camino de La Huelga a su zona de pasto. Raquel en una carrera se puso enfrente de las ovejas, dio dos palmadas y les hizo cambiar el sentido deshaciendo el camino recorrido, pero al llegar a la puerta estas no entraron, sino que siguieron calle Real arriba. Raquel las vuelve a adelantar, palmada, parón y cambio de sentido. Nuevamente las ovejas pasan de lardo al pasar por la puerta de su refugio y se dirigen hacia la carretera de Daganzo. Y así se tiró mi pobre vecina arreando el rebaño de la calle de Los Almendros a la carretera de Daganzo durante casi dos horas.

Ya, desesperada y agotada de tan inesperado ejercicio, se dirigió a una de las ovejas diciéndole:

- Anda bonita, tú que pareces más lista que las demás, diles a tus amiguitas que se recojan ya, que estoy que no puedo con mi alma.

La oveja la miraba quieta, como prestando atención a los que le decía, pero no hizo ni caso y siguió la ruta establecida por el rebaño, calle arriba calle abajo, como si fuera un juego.

La pobre Raquel, que no gozaba de una estructura física especialmente fuerte, estaba extenuada y ya casi en el ocaso de sus fuerzas nuevamente se dirigió al rebaño:

- Amigas, me habéis agotado, ya no puedo más. Os dejo, que sea de vosotras lo que Dios quiera. Yo me retiro a descansar.

Se dirigió al portal y desapareció camino de la escalera dejando al pobre rebaño privado de su improvisada animadora.

Yo giré la cabeza y vi que no era la única vecina que estaba disfrutando de la escena. A través de la oscuridad pude vislumbrar la silueta de varias cabezas que estaban

ADULTO

siendo testigo de los mismos hechos que yo. Todos los vecinos, en silencio sepulcral, seguimos expectantes a ver el desenlace del evento.

Pasado un rato no muy largo, las ovejas desprovistas de incentivo alguno para seguir sus incursiones empezaron a desfilar, en perfecto orden de formación y de una en una hacía el redil a recogerse, posiblemente tan agotadas como mi pobre vecina.

Los observadores, con la entrada de la última oveja rompimos en un sonoro aplauso.

Al día siguiente la calle estaba plagada de cagaditas de oveja y la puerta abierta. El pastor y muchos de mis vecinos observaron la escena con asombro. El resto no podíamos compartirlo, ya que habíamos sido testigos de lo sucedido.

Lo cuento hoy para que se entere el resto.